

semana por el pueblo... Entonces sí que hizo ruido el enjambre:

—Yo los vi por la noche junto al árbol gordo del camino, y no creáis que se asustaron.

—El tenía cara de embaucador.

—Si ella es peor. La muy...

—¡Pobre madre!

—Y dicen que se han ido lejos.

—La pena es que vuelvan.

Al domingo siguiente volvió. Nadie supo por dónde tampoco. Alguien dijo que la vieron bajarse de un coche, pero nadie sabía quién la había visto. Traía un vestido y unos zapatos nuevos, y salió a pasear por el pueblo. La tarde del domingo fue de comentarios.

(«Que hablen; que sufran») —pensaba.

María, la loca, creía que así se vengaba de todos. Lo que no sabía era porqué. Sentía dentro de sí un golpe de rebeldía contra todo su pueblo, contra todo el enjambre. Aunque si alguien le hubiera preguntado el motivo, tan sólo hubiera respondido que «eran todos muy malos».

Una tarde, cuando el «tío» Mauricio regresaba del huerto, con su carga de años, María, la loca, dirigiéndose a él, comenzó a gritar, para que todos la oyeran.

—Ese, ése, mirarle, ese vejstorio quería darme tomates y pepinos, me quería dar vino fresco de su bota «para entonarme».

El tío Mauricio paró su burro, cogió el azadón y se fue corriendo hacia la loca, con el astil en alto... Pero María huyó mientras los vecinos sujetaban al tío Mauricio.

—Pécora... esa pécora. ¡La mato!

La colmena tomó fuerza de nuevo y un zumbido de rudos comentarios invadió las calles. Alguien habló de denuncias y de guardias, alguien dijo que no había derecho. No obstante, todo siguió lo mismo. María, la loca, soñaba cada noche con su velo de novia y con los acordes de una marcha nupcial.

«Me caso, ¿sabes?», me dijo mientras me daba un abrazo y un beso cuando aún no había terminado de bajarme del coche de línea que me llevó al pueblo después de algunos años. Y a mí me dio vergüenza. «Me caso, ¿sabes?». Y pensé que era verdad. No hablé nada de esto con nadie aquella noche y, en mi duermela, pensaba en María, la loca, en quién habría de ser su marido; pensaba en su vida, haciéndome la idea de lo que podría ser su hogar. A veces le concedía un rayo de esperanza, creía que podría ser feliz y hasta culpaba, como ella, al pueblo, aunque no me convencía. Con estas cosas me dormí tarde y profundamente. Tanto que, a la mañana siguiente, ni siquiera me despertó el ruido del motor. Luego, ya en la calle, fue el zumbido del enjambre:

—Han venido muy temprano.

—Eran tres hombres vestidos de blanco.

—Ella no quería; pero, a la fuerza, la montaron en el coche... ■

Nicolás DEL HIERRO

### Amalia Iglesias Serna: *Un lugar para el fuego*. Colección Adonáis, ediciones Rialp, Madrid, 1985.

El premio Adonáis de este año ha supuesto para mí una sorpresa. Aunque hay partes que no están del todo mal, el libro en su conjunto es malo, verdaderamente malo. Y puede decirse que tiene apuntes, que puede ser una promesa para el futuro. Efectivamente, recuerdo el accésit de 1970 de Paloma Palao, que era un poemario bastante flojo, pero que a partir de entonces sacó muy buenos libros. No sé si ésta es para el jurado suficiente razón. Parece que a veces sí. Pero mi sorpresa por la decisión del jurado ha sido mayor cuando he tenido la oportunidad de leer los dos accésits, y entre ellos me he encontrado con un gran libro, como lo es «Cetro de cal», de José Luis V. Ferris. Amén de otro libro espléndido del que tengo noticia que ha sido presentado y que ha sido postergado.

«Un lugar para el fuego», de Amalia Iglesias, es un conjunto de textos al que le falta emoción, una música a la que le faltan tonos, carente de registros personales, y que sigue, quiero decir: calca, la poesía que se está haciendo en estos últimos años: una voz totalmente despersonalizada. Y resulta que, a través de esa búsqueda inconcreta que realiza, el fuego no alcanza siquiera el grado de guiño, sonando constantemente a hueco, a vacío. Estructurar una poesía en base a «palabras en plata», en base a «el cráter del espejo», en base a «adagios de Albinoni», me parece en estos momentos de una estupidez

supina. O anotar versos como «aquella niña plegada a otro cielo violeta / me enseña sus bolsillos / azules y vacíos», que parece haberlos leído en veinte autores —autoras— antes, carece ya de sentido. Porque si la poesía no es personal, no creo que sea digna de considerar. Y ya sé que si la poesía no dice nada, la autora lo hace voluntariamente, pues ahora se estila precisamente el decir lo menos posible. Pero podría existir música, podría existir emoción interna, podría haber un juego de contrastes. Podría haber algo. Y si es cierto que su poesía peca de excesivamente adolescente, ya la leeremos cuando deje de serlo. La poesía es un juego, sí, pero no de quinceañeros.

Una poesía sin gracia, una poesía sin magia, con más espejos de los debidos, según la actual costumbre. Sé que al menos un grupo de lectores —y no precisamente minoritario— estamos hartos de espejos. Sobre todo de los espejos que no se sabe a cuento de qué vienen. Y así la dicotomía que se quiere establecer entre el pretérito, que se pretende recobrar, y el presente, que se quiere detener, resulta frustrada por aburrida.

Realmente no hay más que decir. No me parece oportuno recurrir a los temas tópicos al hablar de los premios Adonáis: el intimismo (?), la reflexión existencial (!), la atmósfera onírica, etc. Si el libro no dice nada, tampoco lo tengo que decir yo. ■

Eugenio COBO

## La aventura poética del Circo de Jesus Riosalido

Sin duda, la aventura literaria de Jesús Riosalido es o va parelela a la geografía, a lo largo de su vida, y tanto la poética, como la teatral o la narrativa a las que nos tiene acostumbrados, es, en momentos, un fiel reflejo de su anhelo. El sueño y la verdad son protagonistas de su existencia salpicada de entusiasmos líricos que dan siempre buenos resultados.

Así se inicia su poética en conso-

nacia a lo que para él significa el mundo, de la cultura árabe tan cercana a nosotros (Amman, Jerusalén, 1965-1968) y escribe varios libros de poesía de inspiración netamente árabe e islámica, entre ellos: «Zéjel del libro de amor y algunos más» (Alfaguara 1970); «El diván de las sombras» (Alfaguara, 1971); «Maqamat» (Colección Adonáis, 1974); «Muwashajat» (Editora Nacional,